

Paseo para Guerra, que construyó la manzana de casas para vecinos, todas iguales, de dos plantas pero bajas y economizando, sin que las tuviera siempre alquiladas.

Imitaron a Guerra, después, ya más seguros, don José Carrero, Gabriel Mata, el Rus, el Conde, la Benigna, Andújar, haciendo buenos grupos de casas para alquilar y otros se hicieron la propia ya con más comodidad, como la Gabina de Borrego, Casitas, Carabáño, Soledad, etc.

Nadie puede imaginarse ahora lo que eran los hornos de Canillas y el Mueso el día de quemar, metidos en el corazón mismo del barrio, casi siempre los sábados por la tarde, cuando se venían de trabajar, para aprovechar los domingos, porque aquellos hombres trabajaban sin descanso, en lo suyo y por su cuenta, que es lo que hace patria y lo que hace hombres.

Quemaban con albardín y aquello era mucho peor que el humo de la Estación, que ya es decir. No se podía respirar. Las mujeres tapaban hasta las rendijas y los transeúntes aliviaban, pero nadie protestaba, y tácitamente reconocían que aquello era ineludible y necesario. En la canícula, el tiempo de albañiles, con

aquel calor y el humazo, parecía el infierno.

Además del rodal de Santicos y su cabaña, la calle tenía otro muy animado en la punta opuesta, con los tratantes de mulas y venta de gorrinos en el corral del Civil.

Los pardillos entraban en manadas, como los corderos y solían salir con la bestia del ramal y la obligación en el bolsillo, preocupados de cómo saldría la mula y de lo que habría que sudar para pagar aquellos seis mil reales en tres años, que no se acababan nunca.

Los maranchoneros los despedían en la puerta y les decían adiós con la cortesía del tratante, que es una cortesía que espera retorno y sonrío a lo conejo.

Más o menos "aquello" se mojaba siempre, se echaba el alboroque, dándole mil vueltas a las incidencias del trato y sacándole punta a todo lo que ya no tenía remedio y se tomaría como enseñanza para otra ocasión, que así se hace la experiencia de la vida, perdiendo.

Lo que en esta calle y en la de Cervantes, incluso en la de la Luna, fue campo hasta última hora, lo postrero en poblarse, que equivale a lo más lejano del pueblo, pero más próximo a la Estación, se ve claro todavía, por apreciarse que el terreno no lo medían con la cuarta sino con la cadena de las hazas. Desde el horno del tío Periquillo, -Casa de Cabanas-, el de Pistaño y primero de Leandro, hasta la calle de la Estación no había nada absolutamente, pero se pobló como está y, por ahora al menos, la calle Nueva seguirá discretamente escondida, alejada del tráfico en su apartamiento céntrico y cogida al brazo del monstruo malagueño, que le halagará, porque fue hombre galante y dicharachero, además de político, estadista e historiador y a lo femenino le envanece lo masculino cuando brilla y domina, por eso se engallan los hombres aunque no haya de qué.

